los síntomas de la enfermedad cuya amenaza los había obligada, a ella y a su hermano, a desterrarse para siempre de un reino milenario en el cual eran príncipes. E ra la peste del insomnio. Cataure, el indio, no amaneció en la casa. Su hermana se quedó, porque su corazón fatalista le indicaba que la dolencia letal había de perseguiría de todos modos hasta el último rincón de la tierra. Nadie entendió la alarma de Vis itación. «Si no volvemos a dormir, mejor -decía José Arcadio Buendía, de buen humor -. Así nos rendirá más la vida.» Pero la india les explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansa ncio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noció n de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una 66especie de idiotez sin pasado. José Arcadio Buendía, muerta de risa, consideró que se trataba de una de tantas dolencias inventadas por la s uperstición de los indígenas. Pero Úrsula, por si acaso, tomó la precaución de separar a Rebeca de los otros niños. Al cabo de varias semanas, cuando el terror de Visitación parecía aplacado, José Arcadio Buendía se encontró una noche dando vueltas en la c ama sin poder dormir. Úrsula, que también había despertado, le preguntó qué le pasaba, y él le contestó: «Estoy pensando otra vez en Prudencia Aguilar.» No durmieron un minuto, pero al día siguiente se sentían tan descansadas que se olvidaron de la mal a noche. Aureliano comentó asombrado a la hora del almuerzo que se sentía muy bien a pesar de que había pasado toda la noche en el laboratorio dorando un prendedor que pensaba regalarle a Úrsula el día de su cum - pleaños. No se alarmaran hasta el tercer dí a, cuando a la hora de acostarse se sintieron sin sueño, y cayeran en la cuenta de que llevaban más de cincuenta horas sin dormir. -Los niños también están despiertos -dijo la india con su convicción fatalista -. Una vez que entra en la casa, nadie escapa a la peste. Habían contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Úrsula, que había aprendido de su madre el valor medicinal de las plantas, preparó e hizo beber a todos un brebaje de acónito, pero 67no consiguieran dormir, sino que estuvieron todo el día soñando despiertos. En ese estada de alucinada lucidez no sólo veían las imágenes de sus propios sueños, sino que los unos veían las imágenes soñadas por los otros. Era como si la casa se hubiera llenado de visitantes. Sentada en su mecedor en un rincón de la cocina, Rebeca soñó que un hombre muy parecido a ella, vestido de lino